

## DISCURSO XIV.

### BENEFICENCIA.

*Non desinam eis benefacere.*  
No cesaré jamás de hacerles bien.  
(JER. XXXII, 40).

La Virgen Santísima se nos presenta, no solamente virtuosa, sino también Madre y Reina de las Virtudes. Siendo María elegida, por especial vocación, para oficios soberanos y nobilísimos, reunió en sí sola las virtudes distribuidas entre los demás Santos. Tuvo la luz de los Profetas, la vigilancia de los Patriarcas, la fe de los Apóstoles, el celo de los Confesores, y el valor de los Mártires. Todo esto lo tuvo en sumo grado, de suerte, que no ha existido Profeta, Patriarca, Apóstol, Confesor, ni Mártir que pudiese asemejarsele, ni aún de lejos. Nosotros vemos resplandecer en la Virgen la Fe, la Esperanza y la Caridad; el Celo por la salvación de las almas, la Obediencia, la Paciencia, la Humildad, la Justicia, la Bondad y la Misericordia.

Hoy me creo en el deber de indicar aquellas virtudes, que son como los efectos de la misericordia y de la bondad, ó sea: la Generosidad y la Beneficencia. Permitidme, pues, amados hermanos, discurrir sobre este grande é importante argumento; pero siendo demasiado vasto, me limitaré por hoy á hablaros de sola la Beneficencia. ¡Plegue á Dios que la doctrina que iré exponiendo, cual semilla arrojada en buen terreno, produzca en vuestros corazones frutos de salud espiritual! Pidamos esta gracia por intercesión de la misma Santísima Virgen: A. M.

La beneficencia deriva de Dios, que la saca de las entrañas de su inmensa bondad y de su infinita misericordia. Por pura bondad nos dispensa con prodigalidad beneficios sobre beneficios, sin haber Él recibido ni podido recibir nada de nosotros; nos favorece aún antes de que nos hallemos en la posibilidad de ofrecerle una muestra de

agradecimiento, ó de retribuirle con algo nuestro; nos favorece, aún cuando en recompensa de sus beneficios reciba de nosotros ingratitudes y ultrajes. Estas tres proposiciones, consideradas atentamente, nos llevarán, sin duda alguna, á concluir: que la beneficencia es propia de Dios.

Si; solo Dios nos otorga beneficios, sin que haya recibido ó podido recibir nada de nosotros. Los hombres suelen también conceder beneficios; sus beneficios, empero, rara vez son espontáneos; casi siempre tienen por objeto satisfacer una necesidad del bienhechor. Para no ver desiertas la antecámaras del régio alcázar, el príncipe enriquece con grandes mercedes á sus favoritos; para alentar á los soldados y oficiales en una batalla, el general promete recompensar con sus recomendaciones á los más valientes; para ser asistido en sus necesidades con diligentes cuidados, el señor aumenta con regalos el jornal ajustado con sus criados; porque no puede llevarse consigo las riquezas en el sepulcro, el hombre rico las lega á los herederos. No obra así Dios con nosotros. Como su felicidad no es capaz de acrecentamiento, tampoco su omnipotencia tiene necesidad de auxilios; como su beatitud no depende de nuestros servicios, su beneficencia para con nosotros no puede atribuirse á necesidad ó propio interés. ¿Y qué tienen que ver las pompas frívolas de nuestra gloria con la inmensa naturaleza divina? ¿Qué parangón puede establecerse entre un rey de este mundo, por grande y poderoso que sea, con el Rey inmortal de los siglos? Señor, decía David, si tuvieses necesidad de mi diadema, de mi cetro, de mi trono, ya no serías mi Dios; eres precisamente mi Dios porque ninguna necesidad tienes ni puedes tener de mis bienes (1).

Solo Dios nos favorece, aún antes de poder nosotros ofrecerle alguna cosa, ó retribuirle con algo nuestro. También los hombres suelen otorgar mercedes; pero con frecuencia aguardan que los inferiores les hayan dado pruebas de adhesión ilimitada; esperan examinar las calidades recomendables de aquellos que deben recibir sus favores; á menudo quieren verles crecer, primero, en méritos y en años. No sucede lo propio con Dios. Así como nos amó desde la eternidad (2), también desde la eternidad ordenó las gracias de que nos dotó; así como nos amó aún antes de nacer (3), también antes de

(1) PSALM. XV, 2.

(2) JEREM. XXXI, 3.

(3) JOAN IV, 19.

nuestro nacimiento tuvo preparadas para nosotros sus amorosas ternuras. Todos nosotros podemos repetir con razon las palabras de los Proverbios: Aún la tierra no había sido sacada de la nada, ni se alzaban del llano los elevadísimos montes, que yo ya vivía en la mente divina; todos nosotros podemos disfrutar de las maravillas de la creacion, destinadas todas ellas en provecho de Adán, puesto que tambien con nosotros Dios se mostró impaciente para llenarnos de beneficios, pensando en favorecernos cuando no le amábamos, no le conocíamos, ni podíamos conocerle ni amarle.

Solo Dios nos otorga beneficios, aún cuando en pago de sus beneficios reciba de nosotros ingratitudes y ultrajes. Suelen los hombres otorgar á veces favores; pero acontece frecuentemente, que, ó se ofenden por la poca correspondencia de los favorecidos, ó se cansan de otorgar beneficios. Asuero colma de honores á su Amán, y más tarde, le condena al patíbulo. David llena de honores á Joab, y despues decreta su muerte. No se porta así nuestro Dios. No sabe quebrar con la mano una caña cascada, ni apagar con el pié el pábulo que aún humea. Siente muchísimo tener que tomar un carácter de severidad; le disgusta tener que revestirse de rigor; ni le es fácil descargar sobre nosotros los castigos, que nuestras iniquidades arrancan de su diestra. Las mismas dilaciones, las mismas amonestaciones, las mismas amenazas son beneficios, porque son amorosas industrias que emplea para conmovernos. Pedro le niega, y luego de haberle perdonado, le elige por Cabeza de su Iglesia; la Magdalena es pecadora en la ciudad, y Él la consuela con tierna y afable benevolencia. La tierra está llena de ídolos, decía Isaías, y, sin embargo, Dios no deja de llenarla de oro y plata (1).

Si Dios, pues, nos otorga beneficios sin haber recibido ni podido recibir nada de nosotros; si nos favorece, aún ántes de que nosotros nos hallemos en posibilidad de darle alguna cosa, ó de retribuirle con algo; si nos colma de gracias, aún recibiendo, á trueque de sus beneficios, ingratitudes y ultrajes; ¿quién podría dudar de lo que queda dicho? ¡Oh beneficios de los hombres! ¿Qué sois comparados con tanta beneficencia? Beneficencias de capricho y de genialidad, que preparó una circunstancia cualquiera, pero que desaparece en un instante más ó ménos favorable; beneficencias de interés y de política, que crecidas al calor de la fortuna en los días prósperos, se desvanecen con la misma fortuna en el día de la adversidad; bene-

(1) ISAÍAS, II, 7-8.

ficencias de lodo, que obtenidas en compañía de torpes pasiones, arrancada la máscara, quitada la venda, se evaporan juntamente con las pasiones desvanecidas; beneficencias teatrales, ricas en pomposas palabras y raquílicas en los hechos, que bellas y hermosas en las frases, no lo son en realidad, y que, como en los teatros, se pierden de una escena á otra. ¿Son estas, pues, las beneficencias que nos roban el corazon y arrebatan indignamente nuestros afectos? ¿Son estas las beneficencias que atraen nuestras simpatías y por las cuales no tenemos alabanzas que basten? ¿Y hasta cuando amaremos la vanidad, y preferiremos lo que es falso y efímero, á lo que es sólido y verdadero? ¿Hasta cuando solo tendremos ojos por las frivolidades, y desearemos correr trás las brillantes impertinencias del mundo? ¡Ah! persuadámonos una vez, hermanos míos; las beneficencias de los hombres son ligeras, son mezquinas, son inconstantes: la beneficencia verdadera es la de Dios.

Y nosotros debemos imitarle. No quiero decir, que debamos igualar sus perfecciones, hasta el punto de ser santos, buenos y justos de la misma manera que Dios es justo, bueno y santo. Esto sería un gravísimo error, puesto que no puede dudarse, que por más que el hombre avance en la virtud, adelante en la santidad, y crezca en la perfeccion, es siempre inferior é infinitamente inferior á Dios, océano inmenso de virtud, de santidad y de perfeccion, tan superiores al hombre, cuanto se eleva el Criador sobre la criatura. Esto no obstante, debemos procurar imitarle cuanto nos sea posible; de lo contrario, no tendrían sentido las palabras de San Pedro: Sed santos, porque Dios es santo (2); ni las de San Pablo: Sed imitadores de Dios, así como que sois sus hijos muy queridos (3); ni las del mismo Jesucristo: Sed perfectos, así como es perfecto vuestro Padre celestial. De las cuales aducen una razon de mucho peso los Padres de la Iglesia. Nosotros, dicen ellos, hijos del Señor, fuimos criados á su imágen y semejanza; y por lo mismo, así como un padre desea que su hijo le imite y esté de acuerdo con sus pensamientos y obras, tambien Dios, que es nuestro Padre, desea que nosotros, hijos suyos, le tomemos, cuanto nos lo permita nuestra limitada naturaleza, por modelo de nuestros pensamientos, de nuestros afectos, de nuestras acciones; y nos mirará entónces con complacencia, y nos dirá lo que

(1) I PETR. I, 16.

(2) EPHES. V, 1.

(3) MATTH. V, 48.

á Jesús á orillas del Jordán: Este es mi querido Hijo, en quien tengo mis complacencias (1).

Así, pues, una de las cosas en que debemos imitar á Dios, es, precisamente, la beneficencia. Esto se desprende claramente de la exhortación que nos dió el divino Maestro, cuando quiso que nosotros fuésemos misericordiosos como es misericordioso nuestro Padre celestial (2); y de la parábola evangélica de la sentencia fulminada contra aquel que, habiéndole sido condonados diez mil talentos, no quiso condonar á un infeliz los cien denarios que le debía (3). ¿Y quién, considerando los beneficios que Dios derramó á manos llenas sobre nosotros, dejará de ser benéfico para con el prójimo? ¡Ah! cuando se considera que por nosotros giran los cielos con sus provechosas influencias, se amontonan las nubes y derraman copiosas lluvias, se corona de flores la primavera, el verano es favorecido con doradas espigas, y el otoño colorado de púrpura con copiosas vendimias; cuando se observa que las criaturas todas en íntima union, ordenadas por mandato de Dios, nos sirven incesantemente, unas para alejar nuestras tinieblas, otras para suavizar nuestras grandes miserias, estas para despertarnos de nuestro letargo, aquellas para saciar nuestra hambre, y las de más allá para consolarnos en nuestras tristezas; cuando se consideran los varios modos, con los cuales acude la divina liberalidad á favor de nuestras almas para defenderlas en las tentaciones, para sacarlas de los peligros, para arrancarlas de las culpas, para reanimarlas y salvarlas; no es posible que haya corazones tan duros, que no se muestren benéficos para con el prójimo, al ver que Dios lo es tanto para con los hombres.

Yo no diré que existan tales corazones; lo que, sí, puedo asegurar, es: que ni remotamente no abrigó semejantes pensamientos el corazón de María, pues, cuanto más se vió favorecido, otro tanto dispensaba beneficios; y cuanto más se sintió lleno de gracias, tanto más estuvo dispuesto á hacer que todos los hombres participasen de sus dones. Parece que se renovó solamente por María con más estupendo milagro lo que se lee del río, que se nos describe en el sagrado libro del Génesis, porque si aquel río derramándose de cristalino manantial regaba y embellecía el Paraiso terrenal, criado para deliciósima morada de nuestros primeros padres, y dividiéndose en

(1) MATTH. XVII, 5.

(2) LUC. VI, 36.

(3) MATTH. XVIII, 32.

cuatro ramales llevaba las frescas y puras aguas por aquella floreciente region, María, llena extraordinariamente de los dones celestiales, los repartió con exuberante plenitud doquiera volviere sus ojos maternales. Una prueba evidéntisima de su solicitud maternal es lo que aconteció al Bautista en las entrañas de su Madre Elisabeth. En efecto; si Dios colmó de inmensos beneficios al Bautista, María contribuyó piadosamente á ello; y si desde aquel instante apareció el Bautista como el primero entre todos los hombres, María cooperó para que recibiese lo que no tuvo ninguno de ellos.

Otra prueba nos ofrece el grande acontecimiento de las bodas de Caná en Galilea. En esta solemnidad de familia, María estaba al lado de Jesús. Por un designio de la Providencia no bastó lo que era necesario para la fiesta. Grande fué el embarazo y la confusion de los esposos, pues no sabían como suplir lo que faltaba. María estaba allí, vió el embarazo y confusion de los que daban la fiesta, y sin que éstos le dijeran nada, quiso aliviar su pesar. Dirigióse á Jesús y le dijo: «No tienen vino.—Mujer, le respondió Él; ¿qué hay de comun entre nosotros dos?» Con esas singulares palabras quiso Jesús llamar la atencion del género humano sobre lo que iba á acontecer, mostrando de este modo el poder y la beneficencia de su Madre. ¿Qué quiso decirle con aquellas palabras? Quiso decirle; pero Mujer, puesto que eres la Madre del Hombre-Dios, todo está á tu disposicion; puedes conceder á los hombres cuantos beneficios quieras; dispon de mi omnipotencia, é imita mi beneficencia. La Virgen santísima lo comprendió perfectamente; y dijo á los dueños de la casa y á los sirvientes; tranquilizaos, y haced lo que mi Hijo os diga. Aquellos hombres obedecieron; Jesús manifestó por medio de un milagro cual era su poder, y el poder de su Madre sobre su corazón: el agua se convirtió en vino deliciósimo. María no suplica, no pide; expone únicamente lo que desea, y sus deseos quedan al punto satisfechos.

Vedla ahora en el Calvario, y vereis hasta donde llega su beneficencia. Ella tiene un Hijo, un Hijo único, un Hijo á quien ama como jamás madre alguna amó al suyo; un Hijo que es su tesoro y su vida, por quien sacrificaría mil vidas si las tuviere. Pues bien! ese Hijo querido, ese Hijo incomparable, lo ofrece por nuestra salvacion: sacrifica ese admirable fruto de sus entrañas á la redencion del mundo. Cuando en Nazareth anuncióle un arcángel que tendría un Hijo llamado Jesús, es decir, Salvador, María comprendió todo lo que este nombre admirable significaba, y que estaba destinada á dar al mundo la víctima del género humano. En el día de la presen-

tacion de Jesús en el Templo, se la anuncia con más particularidad este misterio, cuando el anciano Simeon la dice, al devolverle á su Hijo: «A tí, jóven Madre, debe atravesarte el corazon de parte á parte una espada de dolor.» ¡Oh! entónces todo se le presenta como en un espejo: los desprecios, las miserias, las calumnias, las traiciones, los sufrimientos, las espinas, los clavos y la cruz; y todo lo acepta por nuestra redencion. Lleva el Niño Dios en sus manos, le amamanta con su leche, le ve crecer á su vista; pero ni un instante deja de tener presente el desgarrador pensamiento de que crece para el sacrificio; no puede apartar de su mente las horribles imágenes del Huerto de los Olivos, del Pretorio y Calvario. Es un martirio de todos los instantes, que solo su amor á nosotros puede hacerla soportable.

Pero, principalmente en el Calvario es donde nos muestra su amor y su beneficencia. ¡Que lúgubre y horrible espectáculo se presenta allí á nuestra vista! Jesús es condenado á una muerte dolorosa é infamante; magullado ya y medio destrozado por los azotes, y agobiado de fatiga por los malos tratamientos que ha sufrido; cargado con una pesada cruz, bajo la cual sucumbe, más que conducido, es arrastrado al lugar del suplicio. Las piadosas mujeres no pueden reprimir sus gemidos y pueblan el aire con conmovedores lamentos. ¿Qué hace Maria? Ella está junto á la augusta víctima, y la ofrece al Padre Eterno por nuestros pecados. ¿Puede concebirse beneficencia más admirable en una pura criatura?

Vosotros creéis, y con razon, que el pueblo hebreo no pudo ménos de alabar á las valerosas mujeres, que lo salvaron del tiránico poder de sus enemigos; vosotros pensais que fué digna de elogio Judith, que cuando estrechada la ciudad por riguroso sitio, y rodeada por todas partes por numerosas huestes del general Asirio, salvó á Betulia del próximo y terrible exterminio; vosotros aprobais los elogios tributados á Esther, que libertó á los hijos de Israel, cuando por las asechanzas de Amán, expedido contra ellos un terrible decreto, debían todos ser pasados á cuchillo; vosotros os unís á las aclamaciones dirigidas á Débora, cuando por obra suya los Hebreos alcanzaron completa victoria sobre los Cananeos, cuando temían verse reducidos á vergonzosa derrota; vosotros no os oponéis á los elogios tributados á Jael, quien venciendo á Sisara, arrancó á su pueblo de la barbarie de un inhumano opresor. Sin embargo, vosotros no ignorais, que de los prodigios realizados por Judith, por Esther, por Débora y por Jael, el autor principal fué Dios; tampoco ignorais, que Dios escogió á esas mujeres, las cuales obraron por inspiracion suya.

Siendo esto así; ¿no os parece que mayores alabanzas se deben á Maria, puesto que Dios la llamó á parte para la obra más peregrina, cual fué la salvacion del linaje humano? Maria se eleva tanto sobre las mujeres más célebres de la antigüedad, cuanto lo figurado se eleva sobre la figura.

Descendientes de aquel padre desdichado, que, así como fué el primero en vivir, fué, igualmente, el primero en pecar; nacidos en la pobreza y azotados por continuas miserias durante todos los días de nuestra peregrinacion; necesitamos de los divinos beneficios, tanto por lo que mira al órden natural, como por lo que se refiere al órden de la gracia. Tenemos necesidad de ellos por lo que se refiere al órden natural, porque nuestro propio cuerpo puede en un instante perder la fisonomía, las fuerzas, los miembros, el movimiento, el calor, reduciéndose á un puñado de ceniza que se lleva el aire con un soplo, sin que pueda distinguirse el pobre Lázaro del rico Epulon. Tenemos necesidad de los divinos beneficios por lo que mira al órden de la gracia, puesto que nada sabemos por nosotros mismos, ni podemos obrar nada bueno; y los innumerables enemigos que tienden lazos y asechanzas á nuestro alrededor, y nos asaltan descaradamente, tienen por único objeto arrastrarnos hácia las fealdades de la culpa y á la muerte del alma. Por consiguiente; nos es de toda necesidad pedir limosna en las puertas del Cielo, esperando de la divina liberalidad, no solo las mayores gracias y los auxilios más poderosos, si que tambien los más leves consuelos, los más insignificantes alivios.

Dios está pronto á otorgarnos las gracias, los socorros, los consuelos y los alivios de que tengamos necesidad. Infinita sabiduría, no encuentra obstáculos para conocer nuestras angustias; infinito poder, no halla inconvenientes para mitigar nuestros males; infinita bondad, nada hay que detenga las ternuras inefables de su corazon. Sus oidos no están cerrados, sus ojos no se desdennan de mirar la palidez mortal de los infelices, y su mano está siempre abierta para socorrer á los atribulados. En vista de los innumerables testimonios que hay dentro y fuera de nosotros, podemos decir muy bien con las sagradas Escrituras, que Dios es el Príncipe de la paz, el Rey de la clemencia y el Señor de la bondad.

Nosotros empero, por nuestra parte, no debemos contrariar la divina benignidad. En efecto; Dios promete gracias y consuelos, socorros y alivio á aquellos que le temen y aman; mas no á los que le ofenden, y que para ofenderle abusan de sus mismos beneficios. Está

escrito, que derrama á torrentes sus misericordias; pero se añade, que las derrama sobre aquellos que le aman de corazon. Está escrito, que sus misericordias pasan de generacion en generacion; pero se añade, que las experimentan aquellos que se le muestran llenos de filial temor. Está escrito, que sus misericordias no reconocen número ni medida; pero se añade, que participan de ellas los piadosos que veneran su santo nombre y cumplen sus mandamientos. Por eso, si queremos mostrarnos agradecidos á los beneficios de Dios, hagamos todos los esfuerzos para complacerle, para no ser rebeldes á los llamamientos de su gracia, ni corresponder con ultrajes á las voces de su perdon. No nos servirá de excusa decir, que si cometemos algun pecado no es nuestro ánimo ofender á Dios, sinó que no sabemos resistir á la enferma naturaleza, la cual nos arrastra al mal; pues, dejando á parte otros medios, para curar esta enfermedad, bastan la oracion, la frecuencia de sacramentos, el ejemplo de los buenos, la intercesion de los Santos, y, sobre todo, el patrocinio de María. ¿Y qué? Sabemos que tenemos cerca de Dios á una protectora omnipotente, que habla incesantemente á favor nuestro, y que se interesa en todocunto se refiere á nosotros; ¿y no tendremos confianza en valernos de una tan poderosa proteccion? Nadie ignora, que María se muestra siempre solícita, asistiendo á sus fieles devotos en todas sus necesidades, ya sea poniendo en fuga al enemigo infernal, ya sea secando con sus propias manos el sudor de su frente, ó alijerando sus penas con maternales consuelos. ¿Por qué, pues, temer tanto de nuestra flaqueza, de nuestra enfermedad? Acudamos á María, y Ella nos tranquilizará en nuestros temores, nos fortalecerá en nuestra debilidad, nos consolará en nuestras angustias, y nos dará á probar con abundancia los beneficios de Dios.

---

## DISCURSO XV.

---

### GENEROSIDAD.

*Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.*  
 Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba.  
 (JOANN. VII, 37.)

Si permitido me fuese poner de manifiesto el corazon de María, indicáros sus inefables ternuras, y señalaros sus amorosas solicitudes, hallándome en la obligacion de hablaros de su generosidad, á un mismo tiempo daría principio y fin al discurso de hoy. En este caso, no habría necesidad de que me fatigase en recordaros los magnánimos hechos obrados por Ella, tanto para la demostracion de su tierno amor para con nosotros, como para la demostracion de la eminente generosidad en que arde y se abrasa por nuestro amor. Vosotros mismos, amados hermanos, haciendo las veces de apologistas, y dejando para mí el ser su admirador, diríais: Hé aquí la Reina, que saca siempre de sus inagotables tesoros riquezas temporales y espirituales en provecho de cuantos invocan su patrocinio; hé aquí la Madre, que derrama de continuo sobre sus hijos todas las gracias y bienes que están á su alcance, mucho más de los que pueden apetecerse. Y para añadir mayor autoridad á vuestras palabras no ocultaríais, que habiendo dado á luz aquel Niño, que trocó en júbilo el llanto de Eva, estuvo dispuesta á mostrarse propicia á favor de nuestras miserias, á recibir con agrado las súplicas de los desgraciados, á acoger bajo el manto de su proteccion á los afligidos, y á fortalecer á los débiles en las críticas circunstancias de la vida, para que el maligno espíritu no se mofase del mal que les afligia.

En estas ó parecidas palabras prorumpiríais vosotros mismos, arrojados en éxtasis de reverente reconocimiento, si me fuese dado poner de manifiesto aquel benignísimo corazon, señalaros sus solitu-